

Aproximaciones a algunas cartografías de las emociones en el Bajo Atrato, Colombia

Carolina Saldarriaga-Cardona  Universidad del Rosario, Facultad de Creación, Bogotá, Colombia.

RESUMEN | Existe una relación ineludible entre emoción, cuerpo y territorio; entre quien habita y lo habitado. En un contexto como el colombiano, marcado por una violencia sistemática que ha transformado los territorios en cuerpos heridos que necesitan ser sanados, y con la implementación parcial del Acuerdo de Paz firmado en 2016, surge un escenario altamente sensible para examinar el papel de las emociones en las nuevas relaciones espaciales y afectivas que se están estableciendo con los territorios. Este artículo explora la relación entre emociones, cuerpos y territorios en cuatro lugares del Bajo Atrato: Carmen del Darién, Marriaga, Triganá y Santa María de la Antigua del Darién, utilizando el viaje como método de aproximación. A través de talleres, entrevistas semiestructuradas, conversaciones informales y observaciones participantes, los ejercicios cartográficos resultantes muestran que las emociones son performativas, son un sistema de acontecimientos y acciones vinculados a un espacio que se habita.

PALABRAS CLAVE | capital cultural, conflicto social, desarrollo territorial.

ABSTRACT | *There is an inescapable relationship between emotion, the body, and territory; between the one who inhabits and that which is inhabited. In a context such as Colombia's—marked by systematic violence that has transformed territories into wounded bodies in need of healing, and amidst the partial implementation of the Peace Agreement signed in 2016—a highly sensitive scenario emerges for examining the role of emotions in the new spatial and affective relationships being established with the territories. This article explores the relationship between emotions, bodies, and territories in four locations in the Bajo Atrato region: Carmen del Darién, Marriaga, Triganá, and Santa María de la Antigua del Darién, using travel as a method of approach. Through workshops, semi-structured interviews, informal conversations, and participant observation, the resulting cartographic exercises reveal that emotions are performative—they constitute a system of events and actions intrinsically linked to the inhabited space.*

KEYWORDS | *cultural capital, social conflict, territorial development.*

Recibido el 12 de agosto de 2024, aprobado el 12 de diciembre de 2024.
E-mail: carolina.saldarria01@urosario.edu.co

Introducción

El territorio es el eje fundamental de la constitución de mundos (Escobar, 2010), y es por ello que los territorios habitados son inseparables del conjunto de relaciones e intercambios que allí tienen lugar (Lindón, 2009). En un contexto como el colombiano, atravesado por décadas de violencias y con la implementación parcial del Acuerdo de Paz firmado en 2016 entre el Gobierno Nacional y las Farc-EP,¹ hablar de resignificación territorial, de justicia, verdad y reparación conduce a preguntarse por el papel de las emociones en las nuevas relaciones espaciales y afectivas que se están estableciendo con los territorios. “No es posible entender lo que somos, con nuestra recurrencia a la guerra, nuestras violencias endémicas, nuestra desconfianza al poder, sin reparar en las emociones que hay detrás de eso” (García Villegas, 2020, p. 121).

El conflicto armado en Colombia ha producido múltiples formas de despojo: de tierras y territorios; de lazos sociales, comunitarios y familiares; de fuerzas de trabajo, de fuentes de bienes naturales (Quintana, 2020). Más de nueve millones de víctimas y de sesenta años del conflicto han demostrado que la lucha no ha sido solo por la tenencia, el control y el acceso a la tierra, a menudo de forma ilegal y violenta; ha sido un conflicto territorial mucho más profundo, entre quienes entienden el territorio como un pedazo de tierra y aquellos que lo asumen como una entidad emocional, disputándose entre distintos modos de hacer, de producir y de habitar los territorios. Estas disputas geográficamente atomizadas y difuminadas en el tiempo han dejado heridas en los territorios: en los ríos secos, contaminados y desviados; en las montañas excavadas y selvas deforestadas; en las comunidades desterradas, obligadas a abandonar sus casas, paisajes, cultivos y lazos afectivos. Las múltiples violencias entrelazadas han despojado, tanto a cuerpos como a memorias, de su relationalidad con ríos, ciénagas y montañas (Quiceno, 2021).

El territorio usado, como lo define Santos (2005), es un espacio ritmado por el tiempo, que integra las diversas formas de vida con los entornos naturales y las prácticas culturales. Como espacio apropiado, supone unos actos de territorialización que van moldeando corporalidades territoriales. Los territorios no son simples espacios geográficos; son, ante todo, espacios existenciales; “son un proceso de apropiación cultural de la naturaleza y de los ecosistemas que cada grupo social efectúa desde su cosmovisión u ontología” (Escobar, 2018, p. 91). En este sentido, el territorio también es un cuerpo que se expresa, que se enmarca en una serie de prácticas históricas, sociales y políticas que lo forman y lo transforman (Emiliozzi, 2013). En el caso colombiano, el reconocer en el territorio las violencias implica reconocerlo como otro cuerpo afectado, que a su vez afecta a otros cuerpos (Castillejo, 2021); un cuerpo herido que siente agotamiento por la contaminación del agua causada por la minería extractiva o por los suelos consumidos por el monocultivo. La desposesión del territorio como espacio vital lo convierte en un portador de acontecimientos de gran carga emocional. Y lejos de representar el territorio de manera estática, la

1 Farc-EP es el ex grupo guerrillero Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo, que firmó el Acuerdo de Paz con el gobierno de Juan Manuel Santos en 2016.

dimensión emocional permite reconocerlo como entidad compleja susceptible de ser transformada.

La palabra ‘emoción’ deviene del latín *emotio*, que a su vez deriva del verbo *emovere*, que significa ‘moverse’. Implica un desplazamiento de un cuerpo en el espacio como resultado de un elemento que lo afecta. Como lo sugieren Quintana y Pachón (2023), ser afectado también implica quedarse atravesado por algo que se experimenta como fuerza; una fuerza siempre en relación con otras fuerzas, que surgen de interacciones entre cuerpos, prácticas y discursos que van reconfigurando las formas de habitar. Es decir, las emociones no son estáticas: devienen y se transforman. Son una potencia que acompaña a la acción, que implica al mismo tiempo cognición, afecto, motivación y cuerpo (Illouz, 2006). Son además relationales, productos de una construcción social permanente (Le Breton, 2013). Y en tanto públicas y políticas, dan lugar a la formación de acciones sociales (Nussbaum, 2014). Nos hablan de tiempo, ya que a través de ellas el pasado persiste en la superficie de los cuerpos, abriendo a su vez posibilidades a futuros distintos. Las emociones se experimentan, afectan y son afectadas; habitan y son habitadas. En ellas confluye lo innato y lo aprendido (Frevert, 2014), advirtiendo que tienen historia y, por tanto, la construyen.

En las últimas décadas, las ciencias sociales retomaron la ruptura epistemológica con los *affect studies*, incorporando en ellos diferentes ramas de la investigación y de la experiencia social derivada de la vivencia de las emociones, y reivindicando el valor teórico del cuerpo (Aubán Borrell, 2017). Aunque una corriente de estos estudios ha separado los afectos de las emociones, diferenciando las sensaciones no conscientes de naturaleza biológica de las expresiones discusivas que cualifican dicha experiencia, este artículo no se interesa en esa visión antagónica. En cambio, considera los afectos como producto de una interacción continua entre lo intuitivo, lo narrado y lo pensado. Al hacer énfasis en lo relacional, el peso recae sobre los procesos materiales, las emocionalidades, los cuerpos, los conflictos; sobre los componentes que atraviesan el sustrato biocultural de los territorios y sus múltiples reconfiguraciones. Restringir las emociones a la valoración de un estímulo cerebral sería reducirlas a hechos, ignorando que son experiencias colectivas relationales; que son acontecimientos y acciones moldeados por estructuras sociales, culturales y políticas (Scribano, 2013). De igual manera, la geografía humanista ha otorgado a las nociones de cuerpo y lugar un papel fundamental en el estudio de las emociones (Ortiz, 2014), develando la importancia del apego, el arraigo y la apropiación como piezas clave en los estudios del territorio: “los lugares importan marcas emocionales abiertas a las sucesivas capas de la historia colectiva” (Skewes et al., 2017, p. 31). Las emociones son experiencias vinculadas a un espacio habitado. Ellas nos introducen en un mundo donde los objetos, las personas y los lugares están íntimamente relacionados (Spinoza, 1980). Están enmarcadas dentro de tramas (Cervio, 2012), entre redes de prácticas y significados que dan forma a cómo ellas se experimentan y se viven en diferentes contextos. Así, algo en apariencia etéreo como las emociones, tiene una expresión material a través de su inscripción en cuerpos, prácticas y espacios.

Por lo tanto, los ejercicios cartográficos que propone este artículo buscan estimular procesos de interpretación territorial que involucren la relación entre las

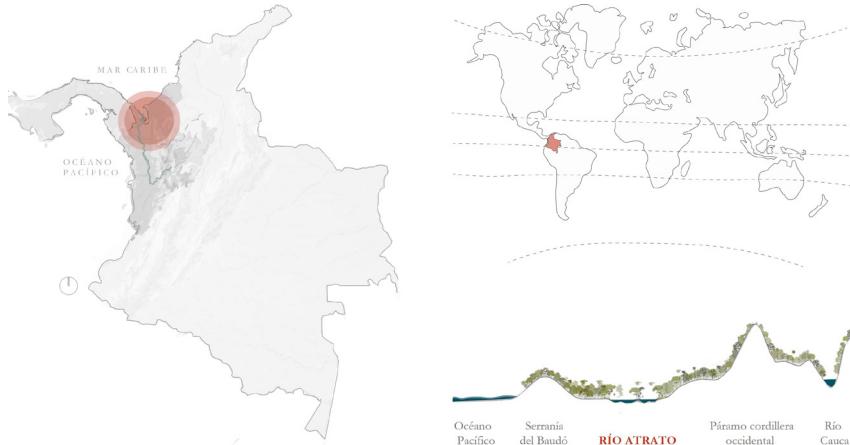
emociones, los cuerpos y los territorios en cuatro lugares del Bajo Atrato: Carmen del Darién, Marriaga, Triganá y Santa María de la Antigua del Darién, promoviendo nuevas formas de asociación entre lo tangible y lo intangible, lo material y lo simbólico. Y lo hace a través de aquellos tipos de cartografías “que faciliten la construcción de un modo de accesos a diferentes formas de saber, donde lo singular, al estar situado en un espacio definido, se expresa cobrando forma de nuevas significaciones” (Carballeda, 2017, p. 146).

Este artículo es el resultado de los viajes de campo realizados durante los años 2022 y 2023, como parte del desarrollo de la tesis doctoral *Expresiones territoriales del duelo en el Bajo Atrato. ¿Por qué las emociones son importantes en el territorio?*

El Bajo Atrato como lugar de reflexión

Aun con el Acuerdo de Paz implementado de manera parcial desde 2016, la redistribución de tierras sigue siendo una deuda histórica profundamente arraigada en el corazón del conflicto colombiano. Un ejemplo de ello se manifiesta en la región del Pacífico chocoano, un territorio ancestral de grupos étnicos culturalmente diversos. En este contexto, el Bajo Atrato se define objeto de análisis de este artículo, un territorio que ha sido un cruce obligado de sociedades y de dinámicas de despojo olvidadas y no nombradas (Figura 1).

FIGURA 1 | Localización del Bajo Atrato, Colombia



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2022).

El río Atrato, como ente relacional de esta región, recorre con sus aguas de sur a norte todo el departamento del Chocó, entre la cordillera occidental y la serranía del Baudó y sus prolongaciones. A lo largo de su historia, ha sido un entorno geoestratégico de reconfiguraciones permanentes por las convergencias de procesos sociales,

económicos, militares y culturales que allí han tenido lugar desde el siglo xvi. Las corrientes migratorias han propiciado un proceso continuo de poblamiento y reposamiento. Desde el sur, llegaban antiguos esclavos provenientes de las regiones del río San Juan y del Baudó, mientras que desde las costas del Caribe llegaban los descendientes negros, mulatos y mestizos. Y desde las sabanas y ciénagas cordobesas, campesinos, mestizos descendientes de indígenas llegaban a esta región por los desplazamientos forzados promovidos por los latifundistas y, posteriormente, por la intensificación del conflicto armado (González Escobar, 2015). Las consecuencias de estas dinámicas de imposición, de fuerza y desplazamientos violentos, han afectado no solo a las comunidades, sino que también han ejercido su impacto en los paisajes que han recreado, representado y construido socialmente. Estas alteraciones se han hecho aún más profundas al modificar las formas de interacción, de producción y de significación de las comunidades, transformando, a veces de manera irreversible, su relación con el territorio.

Las expresiones de los distintos grupos humanos que habitan estos territorios –negros, indios y “chilapos”²– han ido construyendo un fenómeno sociocultural particular a lo largo de las décadas. En los últimos años, fenómenos territoriales como las nuevas dinámicas del proceso de implementación del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera (Gobierno Colombiano & Farc-EP, 2016) y la jurisprudencia del río Atrato (Corte Constitucional de Colombia, 2016) se presentan como una oportunidad para reflexionar sobre cómo los rasgos bioculturales de las emociones se encuentran expresados en los territorios. Con el Acuerdo de Paz se creó una institucionalidad que hace emergir la justicia, la memoria y la verdad como formas de reparación a las víctimas y a los territorios agredidos: la Jurisdicción Especial de Paz (JEP) y la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición. Del mismo modo, la Sentencia T-622 de 2016, que declara al río Atrato y sus afluentes como sujetos de derecho, reconoce la importancia de los elementos culturales y emocionales de los territorios. Así, emerge una dimensión emocional que subyace en la realidad arquitectónica y territorial; y aunque en la práctica se han privilegiado los enfoques objetivistas, resulta crucial considerar la subjetividad, la memoria y el contexto.

Foco de estudio de esta investigación en las líneas señaladas fueron cuatro territorios del Bajo Atrato: 1) Antiguo Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (AETCR) Silver Vidal Mora,³ una vereda recién fundada a orillas del río Curvaradó, receptora de un centenar de firmantes del Acuerdo desde el año 2016, ubicado en el municipio del Carmen del Darién; 2) Marriaga, un pueblo pesquero zancado sobre la ciénaga, situado en el municipio de Unguía; 3) Triganá, un pueblo costero que mira de frente la bahía del golfo de Urabá, en el municipio de Acandí; 4) Santa María de la Antigua del Darién, el gran laboratorio de la conquista, la

-
- 2 “Chilapo” es una manera de referirse a los habitantes de origen indígena y mestizo procedentes de las sabanas del Sinú, en el Caribe colombiano, que, siguiendo las rutas extractivas en las selvas, fueron colonizando tierras en las regiones del Urabá y el Darién.
- 3 Los AETCR son los Antiguos Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación propuestos por el Acuerdo de Paz firmado entre el Gobierno Nacional y las Farc-EP en 2016 (<https://www.reincorporacion.gov.co/es/reincorporacion/Paginas/AETCRs.aspx>).

primera ciudad fundada en tierra firme en América por los españoles, emplazada en el municipio de Unguía (Figura 2).

FIGURA 2 | Ubicación de los cuatro territorios estudiados



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

AETCR Silver Vidal Mora

La reincorporación territorial y colectiva de los firmantes de paz fue uno de los aspectos clave del Acuerdo firmado en 2016. Con miras a ese proceso se crearon los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), veinte Zonas Veredales Transitorias de Normalización (zVTN) y siete Puntos Transitorios de Normalización (PTN), hoy denominados Antiguos Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (AETCR). El propósito de estas iniciativas fue promover la reincorporación territorial y colectiva de los firmantes de paz (Agencia para la Reincorporación y la Normalización [ARN], 2017).

El AETCR Silver Vidal Mora, ubicado en la Vereda Caracolí en el municipio del Carmen del Darién, es el único espacio de transición en el departamento del Chocó. Desde 2017, esta nueva vereda a orillas del río Curvaradó ha sido receptora de un centenar de firmantes del Acuerdo provenientes de diversas regiones del país. A pesar de los desafíos desde su creación, es uno de los pocos AETCR que ha logrado mantenerse durante estos años de implementación del Acuerdo. No obstante, persiste la incertidumbre en torno a la tenencia de las tierras que actualmente habitan (Figura 3).

FIGURA 3 | AETCR Silver Vidal Mora

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2022).

Ciénaga de Marriaga

Marriaga es un pueblo anfibio, levantado sobre la ciénaga, fundado hace cerca de setenta años por los colonos que venían del municipio de María la Baja, Bolívar. Con el tiempo, se fueron sumando comunidades afrodescendientes que llegaron del municipio de Quibdó, Chocó. Aunque los colonos fueron desapareciendo con los años, la pesca y las comunidades negras han permanecido. En este pueblo largo, las casas, construidas en madera sobre palafitos en el manglar, están conectadas por un puente continuo que enlaza a cada una de ellas con sus vecinas. Marriaga hace parte del Consejo Comunitario Mayor del Bajo Atrato Cocomaunguía, que agrupa seis comunidades: tres de agua y tres de tierra. Marriaga, Tumaradó y el Roto son comunidades principalmente pesqueras, mientras que Tarena, Ticoré y el Puerto combinan la agricultura, un poco de ganadería y pesca (Figura 4).

FIGURA 4 | Ciénaga de Marriaga

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

Bahía de Triganá

Triganá es una bahía donde el sol descansa y la selva se encuentra con el mar. Ubicada en el municipio de Acandí, en la costa del golfo de Urabá, Triganá es un umbral entre mundos diversos que encuentran en esta bahía su punto de ancla.

Los pueblos gunas, tules o kunas fueron los primeros habitantes de estas tierras. La orfebrería fue una de sus principales actividades, y aún hoy, cuando el mar sigue reclamando su espacio, deja a la vista rezagos de oro entre la arena húmeda que rememoran una existencia previa. La reserva Sasardí, uno de sus principales tesoros, preserva la exuberancia de sus selvas y la rica diversidad biocultural que caracteriza esta bahía (Figura 5).

FIGURA 5 | Bahía de Triganá



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

Santa María de la Antigua del Darién

Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad fundada por los españoles en tierra firme en América, es el germen del nuevo mundo. Un lugar donde la conquista sigue siendo un pasado que nunca termina de cerrar. En este territorio multiétnico y bioculturalmente diverso, los conflictos persisten, los métodos de represión y de despojo siguen siendo una constante, construyendo una suerte de continuidad histórica basada en el desarraigo.

La resistencia de los pueblos Cueva ante la llegada española dio lugar al mundo Cuna, y desde entonces, al igual que los Embera, continúan defendiendo su derecho a permanecer en estas tierras. Las antiguas rutas de los piratas se entrelazan con los actuales circuitos del tráfico de drogas, armas y personas. Los primeros palenques negros se hilan con la reivindicación de la propiedad colectiva de las comunidades negras a partir de 1991. El saqueo de los bienes naturales, que empezó con la búsqueda de oro enterrado en las tumbas indígenas, persiste hoy con la tala indiscriminada de bosques, la imposición del monocultivo y la tierra arrasada (Vignolo, 2007). Ya no son los conquistadores europeos con su deseo de apoderarse, material y simbólicamente, del otro mundo que encontraron; hoy, esos mismos procesos violentos de conquista son continuados por los grupos armados ilegales, con su afán de apoderarse de tierras, sueños y memorias (Figura 6).

FIGURA 6 | Santa María de la Antigua del Darién

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

Metodología

Investigar es un acto de la razón y del corazón.
(Galeano, 2021, p. 106)

Abordar un ejercicio que se pregue por los rasgos emocionales manifiestos en los territorios requirió de un enfoque metodológico cualitativo, que asumió la comprensión de la realidad como un proceso colectivo, subjetivo e histórico. El que comprende siempre está incluido en el acontecimiento (Gadamer, 1998), y de allí que, cuando se habla de un sujeto que percibe, del objeto percibido y de la acción de percibir, no se habla de existencias autónomas, sino interrelacionadas.

La metodología propuesta, como primer enfoque, tomó herramientas de la geografía de la percepción (De Castro, 1995), la topofilia (Tuan, 2007) y la psico-geografía (Careri, 2003). Todas ellas cargadas con elementos fenomenológicos, sostienen que las percepciones, los afectos y las actitudes de las personas siempre se solapan, dotando de valores y significados a cada uno de los lugares que son habitados. En segundo lugar, se incorporaron las metodologías artísticas de enseñanza (Rubio Fernández, 2021), que conciben el proyecto como instrumento de mediación, un proceso constructivo con el otro, donde la experiencia de aprendizaje se expande hacia otras formas de percibir y representar lo que se observa y se construye. La estrategia metodológica fue sobre todo la etnografía enfocada (Boyle, 2003), centrada en una comprensión parcial de la cultura a través de las emociones. Esta investigación, además, asumió el viaje, fijar y moverse como método. Navegar, caminar, rodar, volar en y con los territorios de Bajo Atrato fue la forma de intentar comprenderlos. El viaje es una forma de conocimiento, un disfrute del acontecer. Es una manera de dar sentido al mundo, de recorrerlo para comprenderlo (Le Breton, 2011). Todo viaje transita por los intersticios entre gestos, discursos, paisajes y memorias; es aprender a moverse en espacios habitados por el conflicto. Además, implica un cambio de escenario del conocimiento, cambio que propicia encuentros enriquecidos por experiencias compartidas.

En cada uno de estos viajes, realizados entre 2022 y 2023, se propuso una serie de ejercicios cartográficos que buscaron estimular distintas formas de comprensión territorial, esta vez a través de las emociones. En estos ejercicios, la música, la comida y los dibujos fueron piezas clave, porque permitieron navegar por los imaginarios, las memorias y las relaciones, a menudo intangibles, entre quien habita y lo habitado. Dado que los viajes se realizaron en diferentes momentos, cada taller evolucionaba a partir de las experiencias previas. Algunos se enfocaron en el dibujo, como el de los álbumes de los lugares y el de las telas; otros, en la comida, la música y las memorias del cuerpo; y uno en la escritura. Todos estuvieron acompañados por conversaciones informales, entrevistas semiestructuradas y por un registro audiovisual permanente, que convirtieron la escucha en el eje metodológico principal. Una escucha aprehensiva, que buscaba empatizar con las emociones del otro (Figura 7). Siguiendo a Alfredo Molano (2001), “el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla” (p. 14).

FIGURA 7 | Talleres de cartografías de las emociones



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

Viaje 1 (noviembre 2022): En el marco del VI Festival Selva Adentro,⁴ en el AETCR Silver Vidal Mora, los talleres giraron en torno al dibujo. Con los niños, en su mayoría hijos de firmantes del Acuerdo, la actividad se desarrolló en dos momentos: en el primero se construyó un álbum de los lugares, con el fin de identificar aquellos que resultaban más significativos para cada uno de los participantes. En el segundo se invitó a los niños a dibujar el AETCR de manera colectiva, sobre una tela. Con los

⁴ El Festival Selva Adentro, creado por la Escuela de Danza Bailes Afroantillanos y la Red de Colectivos de Estudio en Pensamientos en Latinoamérica, ha reunido, en sus versiones anuales al lado del Curvaradó desde 2017, a investigadores, artistas, estudiantes y comunidades de diferentes regiones del país, para trazar caminos de reconciliación a través del arte y la cultura (<https://www.selvaadentro.com>).

adultos, todos firmantes del Acuerdo, la propuesta fue similar: dibujar sobre la tela el AETCR mientras compartían la historia sobre la fundación de su Espacio Territorial.

Viaje 2 (enero 2023): En Marriaga se realizaron tres talleres: el primero indagó con los adolescentes sobre la relación entre música y territorio, a través del picó;⁵ el segundo exploró la construcción del álbum de los lugares con los niños; y el tercero, con los adultos, buscó tejer conexiones entre los pueblos de tierra y agua a través de la ruta de la comida. En Triganá, aunque se habían planeado tres talleres, solo fue posible realizar el de los niños. Los adultos no aceptaron hacer el suyo, y los jóvenes nunca llegaron al taller de la música. Aquí habita un silencio que fue difícil romper. Las convocatorias colectivas funcionaron únicamente con los niños, mientras que con algunos adultos solo fue posible mantener conversaciones individuales.

Viaje 3 (septiembre 2023): En el marco de las Escuelas de Arte y Paz del VII Festival Selva Adentro, se llevaron a cabo dos tipos de talleres. El primero fue un taller de memorias del cuerpo, realizado en el Parque Arqueológico Santa María de la Antigua del Darién, con el objetivo de tejer las relaciones territoriales a través de los cuerpos en movimiento. Este taller fue dirigido por Residui Teatro.⁶ El segundo taller, centrado en las escrituras creativas, se desarrolló en la Institución Educativa Alcides Fernández, ubicada en Gilgal, un corregimiento cercano al Parque Arqueológico. El objetivo era explorar las relaciones que surgen desde la experiencia cotidiana con los espacios habitados. La primera fase consistió en compartir, por grupos, experiencias vividas en los espacios que cotidianamente habitan en su pueblo. En la segunda fase, debían escribir esas historias narradas oralmente. En la tercera fase, a través del dibujo sobre una tela, debían representar las historias que habían narrado.

Resultados

La ruta metodológica del viaje resultó poderosa, no solo porque permitió entrelazar los microterritorios, sino también porque ofreció una visión relacional del Bajo Atrato, facilitando una comprensión profunda de los lugares a través de las emociones. Los ejercicios cartográficos resultantes tejieron un relato espacial y territorial mediante la música y la memoria, los dibujos y la imaginación, la comida y las prácticas cotidianas de quienes habitan esos territorios, logrando condensar tanto sus formas físicas como culturales, a veces manifiestas en arquitecturas y otras en paisajes.

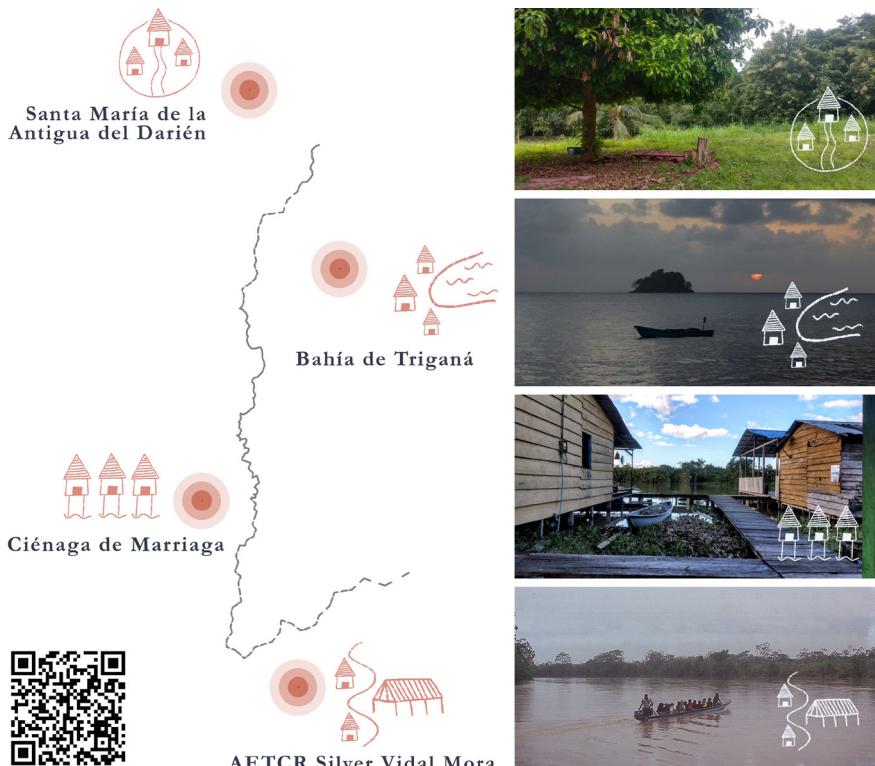
El agua, o la ausencia de ella, por ejemplo, constituye una identidad propia en cada uno de estos territorios. Vivir sobre la ciénaga en Marriaga implica que no hay tierra, que la vida flota. Al ser un pueblo largo, las casas están construidas una al lado de la otra, y las relaciones de vecindad son mucho más intensas que en otras configuraciones espaciales. Vivir al lado del río Curvaradó, además de permitir a

5 Los picó son un conjunto de bafles de gran tamaño que emiten música a un alto volumen; son la máquina musical del Caribe (<https://www.mintic.gov.co/portal/inicio/Sala-de-prensa/Noticias/7361:Lanzamiento-del-documental-Pico-la-maquina-musical-del-Caribe>).

6 Más información en <https://www.residuiteatro.com/>.

sus habitantes cultivar al frente de sus casas, les da más movilidad y no los obliga a depender de la lancha. Vivir al frente de la bahía en Triganá hace del habitar una experiencia mucho más abarcadora, porque allí se combinan la selva y el mar. En Santa María de la Antigua y en Gilgal, aunque el río Cutí y el río Tanelá no están próximos, son los conectores culturales que los unen con los otros pueblos. La relación con el paisaje también es diferente. En Mariaga, por su disposición lineal, el paisaje inmediato es el manglar; en el Curvaradó, el río en el borde acompaña sus cultivos. Mientras que en Triganá, el paisaje se prolonga casi de manera infinita a través del mar. En Santa María de la Antigua y en Gilgal, la selva húmeda y sus infinitos tonos de verde acompañan el andar (Figura 8).

FIGURA 8 | Habitando entre el agua y la tierra



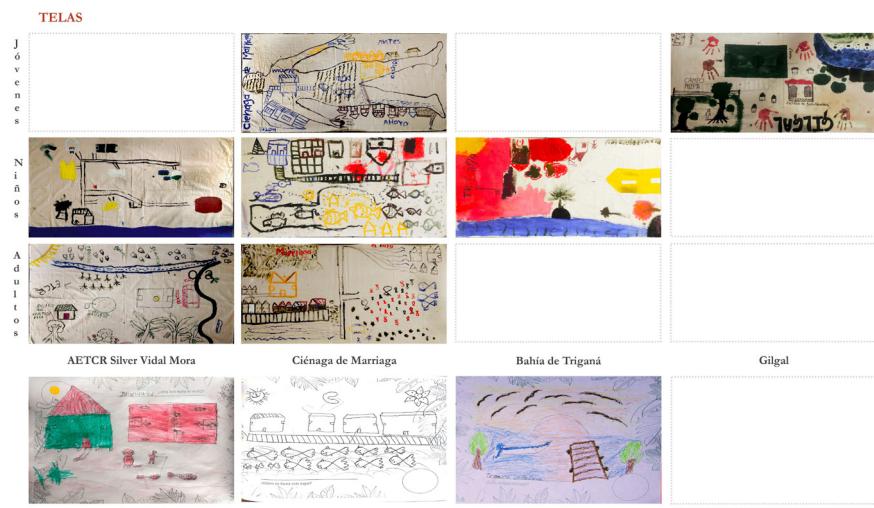
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2024).

El poder de los mapas

Las líneas de los mapas tienen poderes que pueden resultar reveladores y, pese a que hay elementos cartográficos que se repiten, tienen pesos distintos porque en cada uno de ellos se ha elegido qué cosas nombrar, vincular e incluso silenciar. Y aunque las cartografías representan el territorio como un significante visible (Barragán-León, 2019), también pueden representar lo invisible. Tal fue el caso de

las cartografías ausentes en el Curvaradó, Triganá y Gilgal: representan lo que no se nombra, pero que también nos habita. Estas cartografías, además, expresan lo narrado mientras se dibuja; la hermenéutica del lenguaje que iba actuando sobre esa realidad, reescribiéndola (Martínez, 2006). Mientras los niños se narran a través del juego, dibujando los lugares que les gustan, los adultos se narran a través de la tierra para la siembra, de la ciénaga para la pesca, de la casa como refugio; los jóvenes, en cambio, se narran a través del cuerpo y de la música, de las historias que tejen su cotidianidad (Figura 9).

FIGURA 9 | Comparativa entre cartografías



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

A lo largo de estos talleres, emergieron nuevas formas relacionales para comprender el territorio. En Marriaga, recurrieron a su propia corporalidad para explicar la importancia del muelle, la ciénaga y la pesca, vinculándolos con su corazón, su cabeza y su estómago. A través de su cuerpo, relacionaron la materialidad de esos lugares y prácticas con sus emociones, memorias y símbolos. Además, aquí el mundo natural y el mundo cultural están profundamente entrelazados, constituyendo un todo multicausal a través del agua. Expresiones como “Marriaga y la pesca son un solo territorio” y “El buen negro es de su agua, el de agua es agua, por eso nos dicen los del agua”, evidencian que el agua es un cuerpo vivo, un signo fundante de su identidad, que los sitúa en el mundo.

En Gilgal, en cambio, recurrieron a su pasado para narrar a su pueblo. Mientras pintaban la entrada de su colegio, decían:

El rojo es en honor de los Sepultureros. En la época de la violencia, el profesor Guillermo llamaba a sus alumnos mayores para que le ayudaran a enterrar los

cuerpos tirados por todo el pueblo. Por eso, al colegio se le empezó a llamar la Escuela de Sepultureros.⁷

Una historia profundamente vinculada a su cotidianidad, una marca de dolor que sigue viva en su memoria colectiva. Gilgal es uno de los pueblos del Chocó que fue declarado Sujeto de Reparación Colectiva en 2018.

En el AETCR, por su parte, al resistir colectivamente como firmantes del Acuerdo en un nuevo Espacio Territorial, se produce un cambio de perspectiva en la relación emoción y territorio. Este AETCR no es importante por su pasado sino por su presente, y por la posibilidad de tener un futuro diferente. Una de las firmantes de paz, quien hoy tiene dos hijos nacidos después de la firma del Acuerdo, manifestó:

Al principio me daba un poquito de temor por la nueva vida, por dejar las armas. Pero ahora, vivir aquí me da tranquilidad. No tengo que huir. Ya no le tengo que correr a los aviones del Ejército (...). Todos entramos por razones distintas a las Farc. Por eso, como mujer firmante, quiero contarles a las personas cómo hemos construido este Espacio. Nosotros tenemos un corazón. Por eso con la red de mujeres queremos crear confianza (...). Yo quisiera volver a Urrao, a mirar la escuela donde estudié. Pero no me quiero quedar allá, mi casa es esta. No nos queremos ir de aquí. Me da tristeza pensar lo, porque se dañaría lo colectivo si no se resuelve lo de la tenencia de la tierra.

El personaje literario de Gabriel García Márquez, Úrsula Iguarán, en el libro *Cien años de soledad*, decía: “De aquí no me voy porque aquí están mis muertos”. Hoy, en cambio, un centenar de firmantes de paz afirman: “De aquí no me voy porque aquí está mi esperanza”. Aquí no huyen, aquí permanecen. Y ante la posibilidad de que el AETCR desaparezca y tengan que irse, manifiestan que sacarlos del territorio sería obligarlos a olvidar, porque el desplazamiento no solo les arrebata el presente, sino también la posibilidad de un futuro distinto.

Por su parte, navegar en los imaginarios de los niños es adentrarse tanto en sus sueños como en sus cotidianidades. En los talleres de los álbumes de los lugares, mientras que en el Curvaradó y Marriaga los niños comenzaron dibujando lugares concretos, como las casas, el teatro o el muelle, en Triganá se centraron en elementos naturales, como el mar, el atardecer, las cascadas, los animales, los árboles y la reserva. Al dibujar sus vivencias y deseos, los niños no solo cuentan lo que ven, sino también lo que sienten y desean. Cada territorio, con su historia y sus paisajes, moldea la identidad de sus habitantes, reflejando sus formas de pensamiento y sentimiento. Cada dibujo es un testimonio de cómo los niños se conectan y dan sentido a su entorno.

Las emociones resuenan con el territorio a través del poder vinculante de la música y de las relaciones que desde allí pueden desplegarse con los cuerpos, con los dibujos que develan sus luchas territoriales, pero también sus imaginarios y sus deseos de permanecer. Así, construyen un lenguaje sentipensante (Fals Borda, 2017), el que es capaz de pensar sintiendo y sentir pensando; que escucha con los ojos, sonríe con la mirada, siente con la voz, habla con los silencios. Estas cartografías no solo mapean la naturaleza, sino la relación profunda que se establece con

7 Más información en <https://www.semana.com/nacion/articulo/escuela-sepultureros/101937-3/>.

la cultura a través de las emociones. Tejen lo fijo y los flujos, lo estriado y lo liso, ampliando la noción de territorio, situándola mucho más allá de lo tangible.

Discusión

Emoción, cuerpo y territorio: una teoría lugarizada

La lugaridad se puede entender como esa capacidad del ser humano de *estar siendo* con su territorio; ese sentido del lugar que lo vincula con los espacios, las personas y los contextos. Los sujetos incorporan su historia, la hacen cuerpo, y construyen su propio *habitus* (Bourdieu, 1984): ese sistema de relaciones, históricamente construido, que permite dar cuenta de las prácticas sociales colectivas que se expresan espacialmente. Por eso, las emociones están estrechamente relacionadas con el *ethos*, las prácticas cotidianas y la memoria del lugar que reconfiguran constantemente los territorios. Las emociones no son únicamente algo que sentimos, sino también algo que hacemos, que requieren situar un cuerpo como condición básica desde donde la experiencia se manifiesta. Concebir las emociones como prácticas (Scheer, 2012) sugiere que están atravesadas por historias, que son el producto de procesos que devienen; por eso no operan desde una determinación estática, sino a través de conjuntos indeterminados de relaciones. Al concebirlas como prácticas sociales situadas, se vinculan inevitablemente a un contexto cultural que les otorga un significado propio.

Como se evidenció en los talleres de cartografías, las relaciones que se establecen entre las emociones y los territorios son, además, móviles, porque transitan entre lo que fueron, lo que son y lo que pueden llegar a ser. En ese andar, se construye una sinergia con el territorio en la cual las emociones de origen y las de la trayectoria se entrelazan. En ese tránsito, las emociones conectan los territorios materiales y los imaginados, moldeando nuevas territorialidades en diversas temporalidades. En el AETCR, por ejemplo, las nuevas vidas que se están construyendo reflejan la resistencia colectiva y la esperanza que, paradójicamente, surge de la incertidumbre, de quizás ser algún día dueños de esas tierras. En Marriaga, la pesca y la música expanden el espacio emocional a través del agua, los ritmos conectan territorios y se construyen memorias. En Triganá, a pesar de los silencios, cuando la selva se encuentra con el mar, se entrelazan vidas y emergen otros mundos. Y en Santa María de la Antigua y en Gilgal, a través del cuerpo en movimiento y de las historias dibujadas se vinculan las narrativas del pasado con el presente que transcurre.

Las diversas situaciones rescatadas explican por qué las emociones no son experiencias individuales reducidas a un sujeto aislado, sino que están profundamente integradas a las estructuras sociales y culturales que cohesionan a una comunidad. Según Barbara H. Rosenwein (2006), las comunidades emocionales son grupos sociales atravesados por un sistema de sentimientos que suscitan creencias, juicios y actitudes compartidos, los cuales, además, se transforman en el tiempo. Este tipo de comunidades emocionales se materializan en los territorios del Bajo Atrato, donde, desde su propia visión territorial, se tejen vínculos afectivos entre el mundo social y natural que habitan cotidianamente. De este modo, la teoría de las emociones se “lugariza”, situándola espacial y temporalmente en un territorio particular.

Las emociones expresadas en el territorio

El carácter colectivo de las emociones abordado en este artículo se basa en la relación entre los cuerpos y los territorios, con el objetivo de identificar los rasgos culturales y espaciales de las emociones expresadas territorialmente. Existe una afinidad emocional hacia el lugar habitado, marcada por el deseo de permanecer y de sentirse en casa, así como por la resistencia a irse, el miedo y la esperanza, además de las diferentes temporalidades del arraigo, el desarraigo y la apropiación. Todas ellas, emociones con fuertes dimensiones espaciales.

El miedo, por ejemplo, puede ser la emoción predominante en el contexto de los conflictos armados de larga duración. De él surgen otras emociones, como la esperanza, la ira, la ansiedad y el odio. El miedo puede impulsar a huir, a permanecer, a callar, a resistir colectivamente. En el AETCR, donde la mayoría son firmantes del Acuerdo, se habla abiertamente de la responsabilidad de la guerra, las promesas de la paz y la esperanza como ancla en el territorio. También se discute sobre cómo se aprende a vivir en un lugar donde hay un único grupo al mando, que ya no es el de ellos. En cambio, en Marriaga, Trigáná y Santa María de la Antigua, hablar sobre el conflicto armado resulta difícil, ya que persisten silencios más profundos, debido a que el conflicto sigue latente.

Los efectos del conflicto armado han sido una onda expansiva que ha generado procesos territoriales de diversa índole. Están las comunidades que fueron desplazadas y nunca regresaron, las que retornaron, las que llegaron a un nuevo lugar por primera vez y, en este caso específico, las que surgen como una entidad a partir del Acuerdo. Esto demuestra que la lucha por el territorio en Colombia no ha sido solo una lucha por la tierra, sino por la defensa de un lugar en el mundo. Sin embargo, aunque estos territorios comparten las múltiples formas de violencia expresadas en el desarraigo, el despojo, el olvido estatal y, en muchos casos, la impunidad, también tienen en común el deseo de reconstruir el sentido del lugar, roto por el conflicto armado. Lo hacen mediante la construcción colectiva de espacios para el cuidado, la continua transformación de sus casas, la recuperación de los cuerpos de agua y de la tierra para volver a cultivar, y el deseo de vivir tranquilos.

Sentirse en casa, por ejemplo, es una combinación de amor, alegría y esperanza; es un complejo emocional: “la suma de una variedad de sentimientos que uno asocia a algo o alguien a lo largo del tiempo” (Firth-Godbehere, 2022, p. 90); emociones que se depositan en un lugar cargado de memorias, personas y sueños que importan. Esto explica por qué no existen dos amores iguales o, en este caso, dos casas iguales; todas tienen expresiones materiales e inmateriales diferentes. Sentirse en casa implica sentirse parte de algo, lo que se expresa en el arraigo, la apropiación e incluso en la permanencia; esta última, una emoción derivada del pos Acuerdo. Hoy, por ejemplo, los firmantes de paz tienen la posibilidad que les da el Acuerdo de resistir colectivamente en los Espacios Territoriales, reemplazando el nomadismo de guerra por la oportunidad de construir un sentido de arraigo y apropiación; de reencontrarse con sus familias, con las maternidades y paternidades suspendidas y con las comunidades vecinas sin la mediación de las armas.

El arraigo puede entenderse como esa conexión profunda, a veces inconsciente, que las personas sienten hacia un lugar concreto. Expresiones como “soy nacida

y originalmente chocoana, orgullosamente chocoana [...] y más orgullosa por ser parte de un sitio histórico como Santa María de la Antigua del Darién” muestran cómo, a través del arraigo, los individuos incorporan su historia, la hacen cuerpo y construyen su identidad. Sin embargo, el arraigo es un proceso de integración que ocurre a lo largo del tiempo, y por ello existen diferentes temporalidades, ya que tal condición no se establece de una vez y para siempre, especialmente en un contexto como el del conflicto armado colombiano, que ha convertido el desplazamiento forzado en uno de sus principales ejes. Un ejemplo de este proceso tiene lugar cuando los firmantes en el AETCR deciden continuar la construcción de la carretera, levantar el teatro, ampliar sus casas, adecuarlas y llenarlas de objetos y significados. En Marriaga, una habitante expresó: “Yo llegué aquí, pero no fundé este pueblo [...] pero desde que llegué, se ha vuelto mi casa”. De igual manera, una habitante de Gilgal comentó que, aunque había vivido en muchos lugares debido a la violencia, “en Gilgal encontró un lugar para fundarse de nuevo”. Así, el arraigo se configura como un sentido del lugar que vincula los espacios, las memorias y los sujetos.

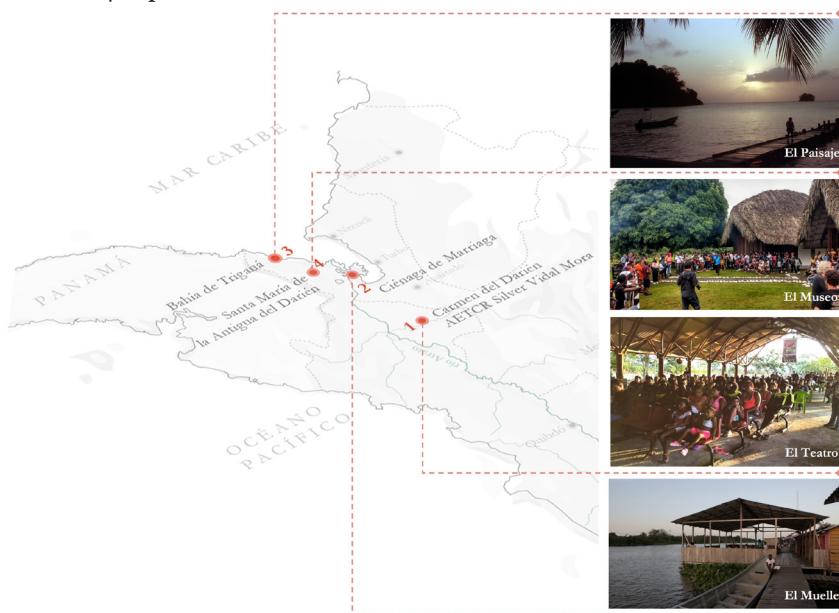
La apropiación, en cambio, es una acción constante, casi siempre en el presente, que vincula el estar-siendo con el territorio. Es una emoción que conlleva un sentido de posesión del lugar, un comportamiento que implica una territorialidad. Tener una casa es su primera manifestación. La casa es la primera expansión del cuerpo en el espacio; es nuestro rincón en el mundo, donde se integran pensamientos, sentimientos, recuerdos y deseos. Como afirma Bachelard (2000), “todo espacio realmente habitado lleva en sí la esencia de la noción de casa” (p. 28). La casa cumple un rol de mediación entre el entorno construido, las prácticas culturales y los modos de producción. Expresiones como “Triganá es mi patria chica” o “Gilgal es mi paraíso escondido” no solo ubican a las personas en un lugar geográfico (vivir en), sino que lo convierten en algo único, propio y lleno de significados (vivir con). La apropiación, además, implica un movimiento constante, una reapropiación de acontecimientos, hábitos e historias. Esto se evidencia en las palabras de una firmante de paz que vive en el AETCR desde su fundación en 2017, cuando le pregunté qué había cambiado durante los siete años pasados. Ella respondió: “Las labores del hogar. Es mucho trabajo, nunca se acaban. Antes no tenía que atender una casa, ni barrer, ni cocinar todos los días. En el monte, todos nos repartíamos los quehaceres; era más igualitario”. Sin embargo, pese a la queja, añadió: “Pero yo no quiero irme de aquí, porque tendría que dejar mi casa”.

Estas emociones, expresadas territorialmente, hablan de la memoria, de aquello que los ancla en sus diversas temporalidades. También reflejan las acciones que ocurren en el presente y se proyectan hacia el futuro. Como señala Ahmed (2015), “las emociones se refieren a cómo entramos en contacto con los objetos y con otras personas” (p. 312); es decir, cómo afectan y son afectadas, habitan y son habitadas. De este modo, las emociones se muestran como tramas, como ensamblajes afectivos que atraviesan cuerpos, circulan por espacios y se entrelazan con formas de poder.

Las diferencias y particularidades entre los territorios recorridos son evidentes, pero también existen puntos de conexión entre ellos, que las emociones ayudan a tejer desde los espacios colectivos (Figura 10): espacios como el teatro en el Curvaradó, el muelle en Marriaga o el museo en Santa María de la Antigua, anclajes

territoriales donde coexisten diversas formas de asumir lo común. En Triganá, aunque no está concentrado en un solo lugar, el mar y la reserva se convierten en sus puntos de inicio. Estos dispositivos arquitectónicos son fundamentales, ya que, además de visibilizar las fisuras causadas por las violencias, brindan la oportunidad de crear espacios sociales donde los conflictos puedan ser expresados, facilitando la transformación de los dolores ocasionados por tantas décadas de guerra. Así, comienzan a tejer una red emocional en el Bajo Atrato, donde no solo se expresan los conflictos y miedos, sino también los sueños y las esperanzas, transformando los modos de percibir e interpretar la realidad.

FIGURA 10 | Espacios colectivos



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA (2023).

Conclusiones

Los territorios son portadores de emociones, las que se fijan temporalmente en la memoria y espacialmente en el paisaje. Las expresiones territoriales que emergen de ellas tienen la capacidad de transformar el conflicto a través de la fiesta, la música y la poesía. Las emociones se experimentan y, a través de ellas, el pasado persiste en la superficie de los cuerpos, al mismo tiempo que abren la posibilidad de futuros diferentes. Son performativas, implican movimiento y vinculación entre ser movido *por* como una conexión *con*. Esa condición multicausal es lo que se expresa territorialmente, de manera manifiesta en el teatro en el Curvaradó, el muelle de Marriaga o el museo en Santa María de la Antigua; y de manera latente, en las experiencias y los acontecimientos que los circundan.

Cada espacio habitado posee una realidad que trasciende las características materiales y físicas que lo identifican. Aunque solemos centrarnos en lo visible, nuestros territorios están hechos tanto de presencias como de ausencias, de lo que se muestra a la vista y de lo que permanece oculto. En este sentido, las emociones pueden territorializarse, y en ese proceso tienen la capacidad de transformar los espacios. Aunque inicialmente surgen en el cuerpo, luego se movilizan a otras escalas espaciales, desde las más íntimas hasta las más colectivas. El papel de las emociones es crucial para comprender cómo se construyen, experimentan y significan los territorios y paisajes. De ellas emergen expresiones espaciales, materiales y simbólicas que impactan las formas de habitar y de construirse territorialmente. En el caso de los territorios estudiados en el Bajo Atrato, ellas se expanden además a través del agua, creando formas de habitar anfibias que entrelazan continuamente el mundo social y el natural.

Finalmente, este ejercicio no busca ofrecer respuestas absolutas, sino más bien estimular discusiones que acerquen al territorio el debate teórico-metodológico de las emociones. Esto plantea varios desafíos: el primero, la necesidad de situar el conocimiento, deconstruyendo las visiones universales y absolutas que históricamente han separado la naturaleza de la cultura, la razón de la emoción, el cuerpo de la mente, lo subjetivo de lo objetivo. El segundo desafío es metodológico, ya que relaciona elementos que rara vez han sido analizados de manera interconectada en los estudios territoriales, especialmente en un país donde tensiones y violencias continúan vigentes. El tercero consiste en la construcción de nuevas categorías interpretativas que, desde la relationalidad, promuevan otras lecturas sobre los territorios y la arquitectura. En definitiva, este ejercicio busca abrir nuevas grietas que permitan explorar caminos aún por construir.

Declaración de autoría

Carolina Saldarriaga-Cardona: Conceptualización, Curación de datos, Captación de fondos, Investigación, Metodología, Administración del proyecto, Supervisión, Visualización, Redacción – borrador original, Redacción – revisión y edición.

Referencias bibliográficas

- Agencia para la Reincorporación y la Normalización – ARN.* (2017). Estos son los 24 AETCR antiguos. [ETCR, Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación]. <https://www.reincorporacion.gov.co/es/reincorporacion/Paginas/AETCRs.aspx>
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México. https://www.puees.unam.mx/curso2021/materiales/Sesion14/Ahmed2015_LaPoliticaCulturalDeLasEmociones.pdf
- Aubán Borrrell, M. (2017). La dignidad de los márgenes. Aproximaciones afectivas a la ciudad informal. *Revista INVI*, 32(91), 67-89. <https://doi.org/10.4067/s0718-83582017000300067>

- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica. https://monoskop.org/images/1/16/Bachelard_Gaston_La_poetica_del_espacio.pdf
- Barragán-León, A. N. (2019). Cartografía social: lenguaje creativo para la investigación cualitativa. *Sociedad y Economía*, (36), 139-159. <https://doi.org/10.25100/sye.v0i36.7457>
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A social critique of the judgement of taste*. Harvard University Press. https://monoskop.org/images/e/e0/Pierre_Bourdieu_Distinction_A_Social_Critique_of_the_Judgement_of_Taste_1984.pdf
- Boyle, J. S. (2003). Estilos de etnografía. En J. M. Morse (Ed.), *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa* (pp. 185-217). Editorial Universidad de Antioquia.
- Carballeda, A. J. M. (2017). Cartografías Sociales: lenguaje y territorio. Una aproximación desde la intervención en lo social. *Revista Perspectivas*, (29), 145-153. <https://doi.org/10.29344/07171714.29.1088>
- Careri, F. (2003). *Walkscapes: El andar como práctica estética*. Editorial Gustavo Gili, S.L. https://ia801401.us.archive.org/16/items/sesion4_201702/Careri%2C%20Franco%20-%20El%20andar%20como%20pr%C3%A1ctica%20est%C3%A9tica.pdf
- Castillejo, A. (2021). Remendar lo social: Espíritus testimoniantes, árboles dolidos y otras epistemologías del dolor en Colombia. *Ciencia Nueva. Revista de Historia y Política*, 4(2), 102-123. <https://doi.org/10.22517/25392662.24450>
- Cervio, A. L. (Comp.). (2012). *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y emociones*. Estudios Sociológicos Editora. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/811/1/tramassentir.pdf>
- Corte Constitucional de Colombia. (2016). *Sentencia T – 622 de 2016*. <http://cr00.epimg.net/descargables/2017/05/02/14037e7b5712106cd88b687525dfeb4b.pdf>
- De Castro, C. (1995). Geografía de la percepción como instrumento de planeamiento urbano y ordenación territorial. En *II Jornadas de Geografía Urbana*, 241-253. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/geografa-de-la-percepcion-como-instrumento-de-planeamiento-urbano-y-ordenacion-territorial-0/>
- Emiliozzi, M. V. (2013). El territorio hecho cuerpo: del espacio material al espacio simbólico. *Revista ABRA*, 33(47), 17-25. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/5881>
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimiento, vida, redes*. Envión Editores. <https://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/Territorios.pdf>
- Escobar, A. (2018). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre el desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones Unaula. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf
- Fals Borda, O. (2017). *Orlando Fals Borda, El Concepto Sentipensante* [video]. <https://www.youtube.com/watch?v=mGAY6Pw4qAw>
- Firth-Godbehere, R. (2022). *Homo Emoticus. La historia de la humanidad contada a través de las emociones*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
- Frevert, U. (2014). La historia moderna de las emociones: un centro de investigación en Berlín. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, 31-55. https://doi.org/10.5209/rev_chco.2014.v36.46681
- Gadamer, H.-G. (1998). *El giro hermenéutico*. Cátedra.

- Galeano, M. E. (2021). *Investigación cualitativa. Preguntas inagotables*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1pdrq25>
- García Villegas, M. (2020). *El país de las emociones tristes. Una explicación de los pesares de Colombia desde sus emociones, sus furias y sus odios*. Editorial Nomos S.A.
- Gobierno Colombiano & Farc-EP. (2016, noviembre 12). *Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/finAcuerdoPazAgosto2016/12-11-2016-Nuevo-Acuerdo-Final.pdf>
- González Escobar, L. F. (2015). *El Darién. Ocupación, poblamiento y transformación ambiental. Una revisión histórica*. Parte I. Fondo Editorial ITM.
- Illouz, E. (2006). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Katz Editores.
- Le Breton, D. (2011). *Elogio del caminar*. Ediciones Siruela, S.A.
- Le Breton, D. (2013). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10(4), 69-79. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904006.pdf>
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(1), 6-20. <https://www.redalyc.org/articulo.ox?id=273220612009>
- Martínez, A. (2006). Invención y realidad. La noción de mímesis como imitación creadora en Paul Ricoeur. *Diánoia*, 51(57), 131-166. <https://www.redalyc.org/pdf/584/58433521006.pdf>
- Molano, A. (2001). *Desterrados. Crónicas del desarraigo*. Pergium Random House Grupo Editorial, S.A.S.
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Ediciones Paidós.
- Ortiz, A. (2014). Cuerpo, emociones y lugar: aproximaciones teóricas y metodológicas desde la Geografía. *Geographicalia*, 62, 115-131. https://doi.org/10.26754/ojs_geoph/geoph.201262850
- Quiceno, N. (2021). *Bordar, cantar y cultivar espacios de dignidad: ecologías del duelo y mujeres atracteñas*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central, CALAS-Laboratorio Visiones de Paz. <http://calas.lat/sites/default/files/quicenotoro-978-9930-9748-0-0.pdf>
- Quintana, L. (2020). *Políticas del los cuerpos. Emancipaciones desde y más allá de Jacques Ranciere*. Herder Editorial.
- Quintana, L. & Pachón, D. (2023). *Espacios afectivos: instituciones, conflicto, emancipación*. Herder Editorial.
- Rosenwein, B. H. (2006). *Emotional communities in the early Middle Ages*. Cornell University Press.
- Rubio Fernández, A. (2021). *Metodologías artísticas de enseñanza. Un modelo de enseñanza-aprendizaje basado en las artes visuales a través de la escultura*. Tesis de doctorado, Universidad de Granada, España. <https://hdl.handle.net/10481/78902>
- Santos, M. (2005). O retorno do territorio. *OSAL: Observatorio Social de América Latina*, 6(16), 1515-3282. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110312110406/32Santo.pdf>
- Scheer, M. (2012). Are emotions a kind of practice (and is that what makes them have a history)? A Bourdieuian approach to understanding emotion. *History & Theory*, 51(2), 193-220. <https://www.jstor.org/stable/23277639>

- Scribano, A. (2013). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamerica de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 91-111. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/103841>
- Skewes, J. C., Trujillo, F. & Guerra, D. (2017). Traer el bosque a los domicilios. Transformaciones de los modos de significar el espacio habitado. *Revista INVÍ*, 32(91), 23-64. <http://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVÍ/article/view/1224>
- Spinoza, B. (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Ediciones Orbis, S.A. <https://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina38375.pdf>
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Editorial Melusina, S.L.
- Vignolo, P. (2007). Santa María de la Antigua del Darién: ¿del lugar de olvido a lugar de la memoria? *Revista Inversa*, 2(2), 17-24. <https://inversaun.wixsite.com/inversarevista/vignolo-de-lugar-de-olvido>